

LA VIDA QUE SE ENFRENTA A LA MUERTE: EL ESPÍRITU Y SU EXPERIENCIA DE LA NEGATIVIDAD EN EL PRÓLOGO A LA **FENOMENOLOGÍA DEL ESPÍRITU**

Bach. Jorge Prendas Solano

Recibido: junio2007 • Aceptado: julio 2007

Resumen El artículo pretende realizar una lectura del prólogo a la Fenomenología del Espíritu de Hegel, enfatizando la categoría de negatividad y a la vez planteando algunos elementos importantes que se desprenden del estudio de esta temática para el pensamiento y filosofía latinoamericana.

Palabras Claves: Fenomenología del Espíritu, Prólogo, Negatividad, Filosofía Latinoamericana.

Abstract This article intends to make a lecture of Hegel's prologue of the Phenomenology of the Spirit, concentrating on the category of negativity and at the same time marking some important elements which could be drawn from the study of this subject to any general thought and philosophy in Latin America.

Pero la vida no es aquella que retrocede ante la muerte y se conserva pura de la destrucción, sino la que la enfrenta y se mantiene ante ella; es la vida del espíritu.¹ G.W.F. Hegel.

¹ (Hegel,1991, pg. 84)

I



Existen tres textos capitales de Hegel que marcan el paso de la conciencia a la ciencia o de la Fenomenología a la Lógica como bien señala el filósofo argentino Rubén Dri (1996: 25): el saber absoluto (octubre de 1806), con el que termina la Fenomenología; el prólogo —Vorrede— a la Fenomenología, escrito después del texto del saber absoluto (enero de 1807) y el prefacio a la primera edición de la Lógica (marzo de 1812) con su introducción, escrita en la misma fecha.

En este trabajo nos ocuparemos específicamente del prólogo a la *Fenomenología del espíritu*² planteando algunas reflexiones significativas en torno a una de las que consideramos su problemática fundamental, como lo es la negatividad; intentando señalar a partir de su lectura, ciertos elementos de importancia (a nuestro juicio), en la conformación de un pensamiento y filosofía latinoamericana. En este camino, estamos convencidos de que el pensamiento de Hegel es rico y lleno de contenidos y puede aportarnos profusos elementos a nuestro esfuerzo. Hagamos entonces, un primer acercamiento al prólogo de la *Fenomenología* y sus ideas:

El comienzo de la cultura (Bildung) y del esfuerzo (dem Ernste) por desprenderse de la inmediatez de la vida sustancial debe realizarse siempre mediante la adquisición de los conocimientos de los principios y puntos de vista generales, para elevarse así hasta el pensamiento de la cosa en general, en tanto se la sostiene o se la rechaza con fundamentos, para captar la rica y concreta plenitud según sus determinabilidades, y saber impartir una información ordenada y un juicio honesto sobre ellas. (Hegel, 1991:69)

No existe un desprendimiento efectivo de la inmediatez de la vida sustancial —o digamos de la cotidianidad— sin el esfuerzo del trabajo negativo que implica la necesidad de adquirir —siguiendo a Hegel— los conocimientos de los principios y puntos de vista generales hasta la elevación del pensamiento hacia la cosa en general de la cual se encarga propiamente el

² Un prólogo un tanto extraño desde su propio inicio, si nos atenemos al juicio realizado por Hegel referente a lo inane de escribir introducciones a obras de carácter filosófico. La cosa de la que trata el saber filosófico nunca se encuentra completa y acabada al inicio o final de una exposición, más bien se halla en su desarrollo, en su complejo proceso de formación. Es por esta razón, que no existe nada más abstracto, para Hegel, que presentar resultados sin su desarrollo, conclusiones sin su necesario despliegue hermenéutico, pues privados de éste, inicio y final son nada más que meras vacuidades.

pensar especulativo. Sólo mediante esta vía es como se puede lograr una aprehensión de la rica y concreta plenitud de las cosas, y por tanto, estar en capacidad de realizar un juicio ordenado y honesto sobre ellas.

Para Hegel, las cosas de las que trata el saber filosófico –esas que requieren un esfuerzo para ser alcanzadas– no son simples y llanos objetos, como bien lo podrían ser: una mesa, una silla o un libro; sino que son el espíritu mismo, el ser histórico, el sujeto que se encuentra en su devenir a través del tiempo, creándose a sí mismo y a la vez poniendo el mundo. El sujeto es la capacidad de devenir otro, de diferenciarse constantemente respecto de sí, y por tanto, de introducir interminables mediaciones en su ser. Es asimismo, como lo llama más precisamente Hegel: una sustancia viva: “La sustancia viviente es, además, el ser que es en verdad sujeto, o lo que significa lo mismo, el ser que es efectivo en verdad, pero sólo en tanto esta sustancia es el movimiento de ponerse a sí misma, o es la mediación de devenir otro consigo misma” (Hegel, 1991: 76).

Así pues, bien podemos señalar, que para Hegel el desprendimiento de la inmediatez de las tradiciones y costumbres cotidianas de los pueblos requiere un esfuerzo importante, un trabajo significativo del cual se encuentra a cargo el concepto. El acto de tomar distancia crítica frente al mundo es una tarea necesaria, pero ardua en sí misma. Por esta razón –insiste el filósofo– el camino que debe tomar la conciencia para realizar este proceso no es el de la inmediatez, sino el de la paciencia de lo negativo o de la ardua labor.³

No es por tanto, en la cómoda estadía dentro del vientre materno⁴ donde se halla la realización del espíritu, sino en su exteriorización, en su capacidad –nos diría Kant– de salir de la minoría de edad y quitarse de encima cualquier vestigio de sumisión. Pero éste es, a la vez, el peligro mayor que corre el espíritu; el recurso a refugiarse en lo infantil, en lo inmediatamente dado, en aquello que merece ser cuestionado y puesto en su totalidad en tela de juicio; ya sea en el campo político, estético, religioso, económico, etc. Por esta razón, Hegel siempre se manifestará en contra de cualquier manera premoderna de la conciencia –aún si estas forman parte de nuestra

³ En este sentido, reelaborando a Spinoza, yace la esencia de la proposición hegeliana respecto del paso de la sustancia al sujeto, a saber, en que lo Real –die Wirklichkeit– debe ser aprehendido como subjetividad en acto, como devenir constante y como movimiento de la vida pura. Aprehensión que no es nunca gratuita o frívola, sino por el contrario profunda y seria.

⁴ Hago uso de un vocablo de larga procedencia psicoanalítica para tratar de ejemplificar un estado acomodaticio del espíritu, o de la evolución cultural de la humanidad que Hegel pretende criticar.

historia— y las atacará a todas con igual dureza, sin miramientos ni transigencias.

Ser moderno significa todo lo contrario; conlleva la enorme tarea de atreverse a salir de los vínculos primarios que se han reificado en lo social, como si fueran una especie de segunda naturaleza, teniendo la fuerza y el valor para abandonar lo dado, cuyo carácter es fijo e inmóvil, atreviéndose a reemplazarlo por lo dinámico y profundo. Aquí yace, a nuestro juicio, una primera e ineludible condición de posibilidad para atreverse a la aventura del pensar en una zona del mundo que requiere aclaración filosófica constante, como lo es América Latina. Al respecto de esta idea, Hegel señala: “La fuerza del espíritu es sólo tan grande como su exteriorización, su profundidad sólo tan profunda como la medida según la cual ella se atreve a expandirse y perderse en su despliegue”. (1991: 72)

Para lograr lo anterior, es necesario recobrar la potencia de sujetos capaces de emanciparse, y de transformar críticamente su alrededor. Sujetos humanos plenos, que sean capaces de confrontar lo real, no sólo pensando en sus elementos dados, sino en sus posibilidades abiertas a la realización de fines, de futuras esperanzas⁵. Porque, si bien es cierto que la filosofía no debe decir nada acerca del futuro y sus determinaciones particulares —o se convertiría en discurso edificante—, también es verdadero que una filosofía que no abra el camino hacia el futuro y sus posibilidades, no merece un campo en la conciencia moderna latinoamericana. Un pensamiento que sea incapaz de aprehender el propio tiempo en palabras, no merece en absoluto nuestra atención.

II

El comienzo —der Anfang— del proceso de aprendizaje para el espíritu no es en ningún caso lo más rico; sino, lo más pobre. No es lo más concreto; sino lo más vacío. Es por principio lo más carente de determinaciones y a la vez necesitado de insuflarse con el contenido vital de la experiencia. En este sentido, la razón dialéctica considera al vocablo humanidad tan sólo como una expresión de potencialidad, que se da siempre su contenido

⁵ Por ello mismo, Hegel señala: “Según mi comprensión que debe justificarse sólo a través de la representación del sistema, todo depende de aprehender y expresar lo verdadero, no como sustancia, sino también precisamente como sujeto. (Hegel, 1991, pg. 76).

universal bajo el entendido proceso particular de negatividad enfrentado por el individuo, es decir, en su camino propio de obstáculos. Es por esta razón, como ya señalamos, que el espíritu inicia siempre por su adquisición de “conocimientos y puntos de vista universales”, que le permitan llegar luego y solamente más tarde al “pensamiento de la cosa en general”: esa de la que verdaderamente se ocupa el pensamiento filosófico.⁶

Es por esta razón esencial, que el pensamiento crítico se encuentra convencido de que el espíritu solo conquista su verdad en tanto que se encuentre a sí mismo en el desgarramiento absoluto, y además, en que éste sólo logra ser verdaderamente lo que es mientras sea capaz de mirar en la cara a lo negativo y permanecer frente a ello. En este sentido, a nuestro juicio, una filosofía y un pensamiento latinoamericano sólo son realizables en esta medida, en el entendido de que se forme una imborrable imbricación entre el ser y el pensar, que para nosotros latinoamericanos significa pensar en el dolor de millones de los nuestros. Este es el valor enorme y fundamental del papel de lo negativo —en la constitución de la subjetividad moderna— asignado por Hegel a ésta. Ella es el alma misma del proceso dialéctico, su nervio central, lo que constituye su más importante elemento, y es sin duda, desde nuestra perspectiva, el tema fundamental del prólogo a la *Fenomenología del espíritu*. Veamos lo que dice Hegel al respecto:

El espíritu conquista su verdad sólo si se encuentra a sí mismo en el desgarramiento absoluto. Esta potencia [el espíritu] no es como lo positivo que se separa de lo negativo, como cuando decimos de algo que no es nada o es falso, y desentendidos entonces de ello pasamos, sin más a otro tema, sino que el espíritu es esta potencia sólo cuando mira en la cara a lo negativo y permanece frente a él. Esta detención es el poder mágico que convierte a lo negativo en ser. (1991: 84)

Ahora bien, ¿qué implica la seriedad del concepto para Hegel, y cómo entenderla dentro del proceso de formación de la cultura? La seriedad —señala el filósofo argentino Rubén Dri— y su concepto implican el momento

⁶ Bien es sabido que Marx procede de la misma manera en sus diferentes estudios económico—filosóficos desde el punto de vista metodológico. El Capital, que puede ser considerada sin duda alguna la obra cumbre de este pensador, se encuentra estructurada, a nuestro juicio, sobre la base ya sentada por Hegel, es decir, aquella que pretende la elevación de lo abstracto o más pobre —la mercancía— hasta lo más rico y lleno de determinaciones —la sociedad socialista—. De aquí la importancia, para el pensamiento posterior, del método dialéctico desarrollado por Hegel.

de la negatividad, del desgarrar, del dolor, del trabajo. La realidad, la cosa misma, el espíritu mismo es serio. Esto quiere decir, que se opone por definición a lo insulso, a lo frívolo o a lo superficial. El amor, por mencionar un ejemplo, no puede considerarse, desde el punto de vista hegeliano, en la medida en que sea considerado como un puro juego, todo gozo y felicidad. En cambio, se vuelve serio en sí mismo, desde el momento mismo en que implica el desgarrar y el dolor, en que no se libra de lo distinto; sino que lo asume como parte de sí y se transforma en ello. Sólo en este sentido, es que el amor puede alcanzar su seriedad. Respecto de este tema, Hegel señala con claridad lo siguiente:

Pero este comienzo de la cultura dará lugar, ante todo, a lo serio de la vida plena que introduce la experiencia en la cosa misma, y cuando después de esto se añade también lo serio del concepto, de modo que penetre en lo profundo de la cosa, lograremos entonces que tal conocimiento y juicio ocupen en la conversación el lugar adecuado. (1991: 70)

El concepto implica para Hegel en la *Fenomenología*, tres momentos dialécticos esenciales e inseparables que son: la universalidad abstracta, la particularidad y la universalidad concreta; y es solamente allí, en esta unidad, donde el concepto alcanza finalmente su seriedad. El concepto, siguiendo a Dri, es un continuo proceso de negatividades, desgarrar y recomposiciones, de partos que van produciendo una vida nueva. Por tanto, el placer no puede ni debe estar separado del dolor, o mejor aún, el goce implica siempre el momento de vacío y estrechez. En gran medida, aquí es donde descansa la crítica de Hegel a Fichte, a saber, en el sentido de que este último solamente comprendería la negatividad como algo exterior al Yo, no dada intrínsecamente, y por tanto, como resultado del entendimiento que divide en vez de unificar al sujeto. Sobre este despliegue de la dialéctica fichteana y sus limitaciones, en otra parte Hegel afirmará lo siguiente:

En la exposición de Fichte, el yo, como limitado (en la primera proposición de la Doctrina de la Ciencia), está tomado como algo meramente positivo (de ese modo es la universalidad e identidad del entendimiento), de modo que este yo abstracto debe ser para sí lo verdadero, y la limitación, lo negativo en general aparecerá como un límite exterior dado o como la propia actividad del yo (en la segunda proposición) (1944: párr.6).

Como una forma de superar el camino tomado por Fichte, Hegel señala constantemente la necesidad del “paso siguiente que debe dar la filosofía especulativa”, que consiste en aprehender la negatividad inmanente en lo universal o idéntico como en el yo, es decir, que no existe subjetividad si ésta no se afirma chocando con el mundo, y por tanto, la consolidación de ella depende de la interacción agonal con la objetividad. No es por tanto, en la soledad o el aislamiento donde el sujeto se encuentra a sí mismo, mucho menos en una fácil huída de la realidad donde éste se concreta y se autoafirma, sino, que lo es, en las relaciones sociales que este establece, en los vínculos que genera con su mundo, en definitiva transformando lo sustancial en subjetividad.

III

La concepción filosófica hegeliana de la verdad se opone a toda reducción frívola o rápida de ésta, tal y como la pretendieron en otros tiempos el pastor protestante Scheleirmacher, o el amigo –transformado después en enemigo– y compañero de juventud de Hegel en el Seminario de Tubinga: F.W.J. Schelling. Lo absoluto o la verdad –die Wahrheit– no se consigue, para Hegel, con un recurso tan abstracto y simple⁷ como lo es la intuición intelectual, incapaz de resistir el peso de lo profundo del concepto.⁸ Tampoco se logra, desde luego, a través de un sentimiento o percepción de lo absoluto –como si este fuese un fantasma– tal y como lo pretende la teología mística de Scheleirmacher⁹. Por esta razón, Hegel señala: “Lo bello, lo santo, lo eterno, la religión y el amor son el anzuelo ofrecido para despertar el deseo de morder, no el concepto, sino el éxtasis, no la fría y progresiva necesidad de la cosa, sino que el fervoroso entusiasmo debe ser la fuerza y el impulso de la riqueza de la sustancia”. (1991: 71)

⁷ De hecho Hegel se mofa de Schelling y de su punto de indiferencia en el prefacio de la *Fenomenología*, causando

la furia de este, y el distanciamiento definitivo entre ambos al señalar lo siguiente: “*Contraoponer a este saber uno, según el cual en lo absoluto todo es igual al conocimiento diferenciado y completo, o que busca y exige realización, o hacer pasar su absoluto por la noche en la cual, como suele decirse, todas las vacas son negras, es la ingenuidad del vacío en el conocimiento*”. (Hegel, 1991, 75).

⁸ Al respecto de esto dice Schelling: “*La intuición intelectual es el órgano de todo pensar trascendental. En efecto, el pensar trascendental se dirige a objetivar para sí por libertad lo que de otro modo no sería objeto; presupone una facultad de producir y a la vez intuir ciertas acciones del espíritu, tal que producir el objeto e intuirlo sean absolutamente uno, y esta facultad es justamente la de la intuición intelectual*”. (Schelling, 1988, 177).

⁹ De hecho, con Scheleirmacher, Hegel entablará una polémica muy fuerte al ponerse del lado de la regulación de la religión por parte del Estado. Para Hegel, la religión no puede nunca encontrarse por encima o por fuera

Por tanto, la verdad siempre será su concepto, cuyo desarrollo se realiza como sistema científico. Lo verdadero aparece en Hegel signado permanentemente bajo el carácter de una totalidad dinámica en la cual no se permite que la cosa se agote en su fin, sino que más bien esta sea su continuo proceso de formación y de despliegue¹⁰. El alcance de lo absoluto o de lo verdadero supone, por tanto, un esfuerzo trabajoso que no se da en la inmediatez, pues sólo está en el desarrollo completo del proceso. Esto es lo que quisiera pensar la filosofía hegeliana particularmente en el prólogo a la *Fenomenología*, el esfuerzo particular del espíritu para alcanzarse a sí mismo, llegando a lo ontológicamente verdadero. Al respecto, Hegel señala en unas célebres líneas lo siguiente: “Lo verdadero es el todo. Pero el todo es sólo la esencia que se completa a través de su desarrollo. De lo absoluto es necesario decir que es esencialmente resultado, que es al fin lo que es en verdad; y en ello consiste su naturaleza, que es ser actualidad, sujeto o devenir de sí mismo.”(1991: 77)

En síntesis, insistimos en que para Hegel la verdad nunca es algo estático, fijo o determinado de lo cual partir o ir a buscar. Éste siempre será su desarrollo constructivo, su proceso de formación —que por lo dicho hasta ahora— engendra dentro de sí lo negativo; la ardua labor o el esfuerzo sin el cual lo que se consigue no es más que las “vacías nubes del error”. Aquí yace, a nuestro entendido, una segunda condición necesaria de posibilidad para la construcción de un pensamiento latinoamericano, a saber: la evasión de lo sencillo, lo superficial, lo casuístico en búsqueda de lo profundo, lo arduo, lo que necesita esfuerzo. Y es que América Latina es la zona del mundo que requiere ser pensada bajo las coordenadas hermenéuticas anteriores, una tarea que requiere constante aclaración filosófica y que no debe claudicar ante lo no significativo, ante lo carente de negatividad. En relación a la mutilación que sufre la verdad, dice Hegel:

Si ciertamente lo verdadero sólo existe en lo que, o más bien, como lo que se llama mera intuición, mero saber inmediato de lo absoluto, religión, el ser —no en el centro del amor divino, sino el ser mismo de este centro— desde este punto significa demandar a la vez para la representación de la filosofía del Estado y sus instituciones, sino que debe realizarse dentro de ellas. Es allí donde esta alcanza su racionalidad, puesto que el Estado es la síntesis o confluencia de la libertad de los sujetos modernos.

¹⁰ Al respecto de esto, Hegel nos dice unas muy interesantes palabras: “*Lo verdadero es así el delirio báquico en que no hay miembro que no esté ebrio, y porque ese delirio disuelve en él inmediatamente cada momento que tiende a separarse del todo es también la quietud traslúcida y simple*” (Hegel, 1991, 91).

precisamente lo contrario de la forma del concepto. Lo absoluto no debe ser concebido, sino sentido e intuido, no su concepto, sino su sentimiento y su intuición deben conducir la palabra y expresarse (1991: 70).

Para referirse al tema de la negatividad, Hegel decide contraponer un par de elementos que conforman la discusión sobre la cual se debe centrar el pensamiento filosófico. Este par de elementos se encuentran formados por la dicotomía entre concepto y éxtasis. El concepto debe ser capaz de expresar dialécticamente su fría necesidad progresiva, no en un éxtasis del sentimiento o del intelecto que es impotente de enfrentarse a la riqueza de lo real. Es aquí donde desea situarse el pensamiento hegeliano. Por otra parte, la otra pareja de la dicotomía es el éxtasis, la premura impaciente de alcanzar la necesidad interna de la cosa, de saltar sus etapas lógicas de desarrollo y despliegue sin las cuales la cosa no sería lo que realmente es. Dejarse llevar por el éxtasis significa, por tanto, volverse superficial, frívolo, falta de profundidad.

La idea de profundidad no se encuentra, como muy bien apunta Rubén Dri, en una indeterminada infinitud, en un fundamento oscuro y tenebroso, o en un océano sin límites; sino, más precisamente, en la fuerza para desplegarse y perderse, para salir de la indeterminación y por lo tanto limitarse dándose un contenido particular. Es solamente en el paso ascendente de lo abstracto a lo concreto donde el espíritu se encuentra verdaderamente a sí mismo. Determinarse significa salir de la indeterminación. Es dejar el “vientre materno”, saliendo de la “minoría de edad” –dejando lo seguro, el refugio, la comodidad– y aún más, corriendo el riesgo de extraviarse en el camino. Esto es lo profundo, es el camino del espíritu, aquel que no retrocede ante la muerte; sino que se enfrenta plenamente a ella.

Por lo esgrimido hasta ahora, podemos señalar que las salidas fáciles no son propias de la filosofía. Quién busque éstas, señala Hegel, se encuentra en el medio de la edificación, de una devoción de carácter puramente sentimental. La edificación es característica de la falta de mediaciones, de la ausencia de tránsitos continuos entre una cosa y otra, por ejemplo: en el tránsito apresurado y frívolo a lo divino por medio del sentimiento, o a la inversa, en el descenso inmediato de lo divino a la tierra. En la identificación inmediata entre naturaleza y cultura, o entre libertad y necesidad. Al respecto Hegel indica:

La vida de Dios y el conocimiento divino pueden muy bien expresarse como un juego del amor consigo mismo; esta idea se degrada hasta lo edificante y la insipidez cuando le faltan lo serio, el dolor, la paciencia y el trabajo de lo negativo. En sí esa vida es ciertamente la igualdad no turbada y la unidad consigo misma, que no está comprometida con el ser otro y la alienación, ni tampoco, desde luego, con el movimiento de superar esta alienación. (1991: 76)

Es en estas condiciones, indica Hegel (cuando la negatividad que compone la propia realidad es anulada o ignorada), cuando se produce entonces el pensamiento vacío. Aquí de nuevo quisiéramos señalar a Marx, como el mejor heredero de esta particular forma de pensar, ya que de manera constante sigue la línea del método epistémico-metodológico hegeliano, en tanto que la llegada a la sociedad socialista —cualquier cosa que esta sea— no puede ser dada de una sola vez y para siempre; sino, que la venida de ésta es una tarea de la praxis revolucionaria; una construcción social que requiere tiempo y esfuerzo, y que por tanto no puede ser alcanzada místicamente. En este sentido, reafirmando lo anterior, Hegel señala:

Quién sólo busque edificación, quién quiera rodear de nubes la terrestre multiplicidad de su existencia (Dasein) y de su pensamiento, e invoque el goce determinado de esta divinidad indeterminada, puede ver dónde encuentra eso; encontrará fácilmente el medio de fantasear y gratificarse en algo. Pero la filosofía debe cuidarse de ser edificante. (1991: 72)

La seriedad del espíritu, tematizada por Hegel, coincide plenamente con la profundidad de éste. Ambos conceptos implican mutuamente la fuerza del espíritu para enfrentarse a la negatividad, y para no detenerse ante limitaciones mediante las cuales este es capaz de conocerse y autoproducirse. Ni lo edificante, ni las filosofías de carácter intuitivas son capaces de realizar este esfuerzo, consistente en volver la mirada hacia la escisión y pensarla en su profundidad, de no volverle la cara a lo amenazante, a lo horrendo; sino, más bien pensarlo hasta sus últimas consecuencias. He aquí de nuevo, un tercer punto fundamental por recuperar en la constitución de un pensamiento o filosofía latinoamericana: la necesidad de mirar en la cara a lo devastado, lo herido, lo adolorido. Como sostiene Adorno¹¹ en su *Terminología Filosófica*, de manera congruente con la tesis hegeliana:

“Lo profundo no es lo que apela a cualquier cosa supuestamente honda, a los fundamentos, a las esencias de lo que trae en lo posible sus propias pretensiones, sino que lo profundo es solamente lo que se piensa intransigentemente, sin miramientos, sin compromisos”(Adorno, 1977: 104).

El devenir de la ciencia en general, o del saber, es lo que Hegel ha pretendido presentar con la *Fenomenología del espíritu* —como primera parte del sistema—. Como ya hemos señalado, el saber en el comienzo del viaje que realiza la conciencia es el espíritu inmediato o la conciencia sensible. Para devenir saber propio, o para engendrar el elemento de la ciencia —lo que para ella es su concepto puro— señala Hegel que es necesario que la conciencia recorra un escarpado y largo camino. Esto quiere decir que la compenetración del ser y del pensar constituye para Hegel una tarea abierta, en donde sólo mediante la profundidad y la seriedad se puede alcanzar la meta anhelada por la conciencia.

Ahora bien, precisamente porque el comienzo del recorrido de la conciencia —der Anfang— constituye en última instancia, tan sólo los vínculos primarios del espíritu, es que Hegel pretende distanciarse de filósofos como Kant o Schelling. Con respecto al primero, por un lado, éste inicia su indagación filosófica tomando como base o paradigma la física de Newton, y a partir de ella dirige todas sus fuerzas a la fundamentación de ésta. Por el otro lado, con respecto a Schelling, como ya hemos señalado, éste pretende saltarse el camino escarpado que debe recorrer la conciencia y llegar a lo absoluto de golpe.¹² Veamos lo que dice Hegel al respecto de estos dos caminos: “...también será algo distinto de la fundamentación de la ciencia; alejado asimismo del entusiasmo que empieza inmediatamente con el saber absoluto como un tiro de pistola y se desentiende de los otros puntos de vista, porque ya está preparado para declarar que no tiene ninguna

¹¹ América Latina y sus procesos históricos—sociales—económicos requieren de ser pensados bajo esta lógica de la fuerza intransigente, sin miramientos, sin compromisos, sin detenerse ante nada. Solamente de esta manera la filosofía latinoamericana puede agenciarse un espacio merecido dentro del tejido simbólico que conforma la vida espiritual de los pueblos. Su tarea es por tanto, la de resistir al poder y su hegemonía destructora, luchar contra el orden social dado, ser una voz ineludible de la esperanza —no de la edificación—manteniendo una conciencia lúcida de que sólo con palabras el mundo no se transforma; pero sin ellas contribuiríamos gravemente a su deshumanización.

¹² En cierto sentido la filosofía hegeliana es una “filosofía del sentido común”, pues recupera e integra dentro de sí, los momentos más sensibles, y limitados de la conciencia humana. No riñe con ellos, ni los elimina como si fueran desechables, sino que por el contrario piensa a cada uno en su estatuto ontológico, en su momento vital en la conformación del espíritu. Ellos forman parte de nosotros, de nuestra historia vital, y por tanto no pueden ser borrados. La tarea del espíritu es pues, reconocerlos plenamente y superarlos al mismo tiempo.

noticia de ellos". (1991: 81)

Hemos señalado ya que el fin para la conciencia es la penetración (Einsicht) del espíritu en lo que es el saber. En otras palabras, es la identidad entre el ser y el pensamiento, o entre el sujeto y el objeto. Asimismo hemos apuntado cómo Hegel se pronuncia en contra de las maneras fáciles o no mediadas de acceder a este momento absoluto, y de como la impaciencia en el pensamiento nos puede conducir hacia aquello que es imposible, o en palabras del filósofo, la consumación del fin sin los medios.

Es necesario insistir, entonces, que para Hegel cada momento o figura que va recorriendo el espíritu en su camino hacia la libertad es indispensable, necesaria, y por tanto, es ineluctable el tener que soportar la duración y dureza que compone intrínsecamente cada momento. En unas cuantas líneas brillantes, que cierran nuestra exposición, Hegel se muestra capaz de sintetizar todo el problema entero de la experiencia negativa a la que se ve confrontado el espíritu, a la vida que se enfrenta a la muerte:

Porque la sustancia del individuo, el espíritu del mundo, ha tenido la paciencia de recorrer estas formas en la larga extensión del tiempo y emprender el inmenso trabajo de la historia universal, en la cual él ha reunido hasta mostrar, en cuanto ha sido capaz, en cada forma el contenido total de sí mismo, y porque el espíritu del mundo no podía alcanzar sin el máximo esfuerzo la conciencia sobre sí, de igual modo el individuo no puede captar fácilmente la sustancia. (1991: 82)

Bibliografía Utilizada

- Adorno, T.W. (1977). *Terminología filosófica*. Madrid, Taurus Ediciones.
- Dri, Rubén. (1996). *Intersubjetividad y verdad*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Duque, Félix. (1998). *La Era de la Crítica*. Madrid, Editorial Akal.
- Hegel, G.W.F. (1991). *Fenomenología del Espíritu*. Buenos Aires, Editorial Rescate.
- _____, (1944). *Filosofía del Derecho*. Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Schelling, F.W.J. (1988). *Sistema del Idealismo Trascendental*. Barcelona, Editorial Anthropos.